

goña para pasar á Champaña y consagrarse en Reims. La ciudad de Auxerre, que se mantenía neutral por efecto de temor, no quiso abrir las puertas, pero suministró víveres. La de Troyes estaba peor dispuesta, ó por mejor decir, mas esclavizada. Tenía una guarnición numerosa, estaba bien defendida y provista de abundantes municiones, y el ejército Real ni aun tenía artillería para emprender el sitio. Juntó Carlos su consejo, y todos iban ya á votar que era necesario retroceder hasta Berri. Pero la Pucella, que temía esta resolución vergonzosa, se presentó sin que la hubiesen llamado. No eran de su gusto las disputas ni las largas arengas. « Señor, dijo, vamos á Troyes, y en dos días os hago dueño de esta ciudad. » — « Dejémosla hacer lo que quiera, dijo el rey, y obedézcanle todos. » Imediatamente montó á caballo, dió orden para que se acercase el ejército que estaba á dos leguas de la plaza, formó sus batallones á vista de los sitiados, dispuso, á falta de cañones, baterías fingidas, y no omitió ningun espectáculo capaz de inspirarles temor. Su aspecto mismo, á la manera que la hermosura augusta y terrible de los habitantes celestiales, no infundía menos temor que el esfuerzo de su brazo. Se presentó Juana al pié de los baluartes, y amenazó á los ciudadanos con la divina venganza, aun mas que con la del rey. Se rindieron á sus exhortaciones, sostenidas por las de Juan de Esguise, su obispo; pidieron perdón, y abrieron las puertas. Poco despues consiguió Juan de Sarrebruck, obispo de Chalons, que su pueblo ejecutase lo mismo, y la ciudad de Reims envió sus llaves, despues de haber arrojado su guarnición inglesa. Para mayor satisfacción, el duque de Lorena, el de Bar, y el señorito de Commerci, presentaron sus tropas al rey, el cual entró en Reims con toda seguridad, y fué consagrado por el arzobispo estando pre-

sente la Pucella en traje militar, con su bandera enarbolada al lado del monarca. Agradecido este príncipe, la ennobleció á ella y á toda su familia, aun por línea femenina; la mudo el nombre de Arco en el de Lis, y la dió por escudo de armas una espada sosteniendo la corona y adornada de dos flores de lis.

Estas son las principales hazañas con que se distinguió la Pucella de Orleans. Cada uno juzgará de ellas como le parezca; pero nadie podrá dudar de su verdad por poca instruccion y rectitud que tenga. Es necesario abandonarse á toda la parcialidad del inglés Rapin Toyras, ó de algunos falsos compatriotas, agitados de la misma manía contra la gloria del nombre francés, y aun contra el solo nombre de milagro, para asegurar que Monstrelet es el único autor contemporáneo que habló de la libertadora de Orleans. Juan Chartier, monge de San Dionisio, y encargado de escribir los sucesos del reinado de Carlos VII (1); el heraldo del mismo príncipe, llamado Berri; Alano Chartier, que tenía cuarenta y tres años cuando Juana de Arco fué la primera vez á Chion; el autor anónimo que se hallaba en Orleans cuando se levantó el sitio de esta ciudad, y cuya historia circunstanciada sigue paso á paso á la Pucella hasta despues de la consagración del rey; un sábio magistrado del parlamento de Grenoble, llamado Guido Papa, que atestigua haber visto á esta heroína; el autor del escrito que se halla en las obras de Gerson (2), con el título de *la admirable victoria de una zagala convertida en general de los ejércitos franceses contra los ingleses*, su fecha 14 de mayo de 1429, ya sea obra del mismo Gerson, el cual murió dos meses despues, ó del flamenco Gorickeim, que vivía por el mismo

(1) *Hist. de Carlos VII por Godaf. c. 19 y sig.*

(2) *Gers. t. 4, p. 864.*

tiempo; todos estos escritores, mas idóneos para instruirse y mas imparciales que Monstrelet, ciegameamente apasionado por la casa de Borgoña, eran, del mismo modo que él, contemporáneos de Carlos VII y de Juana del Arco. Y toda esta multitud de testigos confiesan la maravilla de las hazañas de la Pucella y la causa primera de estas, ó á lo menos el convencimiento comun de los doctores y de los ciudadanos de todas clases sobre este asunto.

Al punto que acontecieron estos prodigios, voló su fama aun por los países extranjeros. Un eclesiástico alemán y modesto, que no nos ha trasmitido su nombre, compuso en tiempo de la Pucella un libro titulado *de la admirable Juana de Lorena, que mandó el ejército de Carlos VII* (1). Representábalas en él como á una profetisa suscitada por Dios, la cual llenó todo el mundo con la fama de sus hazañas y el buen olor de sus virtudes. Juan Nider, también alemán, religioso dominico, que murió en 1438, cuenta que diez años antes había una doncella, llamada Juana, que se decía y todos juzgaban enviada de Dios para restablecer al rey Carlos en sus Estados, y que obraba tantas maravillas que estaban admirados todos los reinos de la cristiandad (2). San Antonino (3), arzobispo de Florencia, que se hallaba en lo mejor de su carrera cuando en 1429 fué la Pucella á ofrecer sus servicios á Carlos VII, habla al principio con alguna incertidumbre acerca de esta muger extraordinaria; mas no tardó en deponer sus dudas al ver la estimación general que merecía fundada en sus grandes obras y en la santidad de su vida. El Papa Pio II (4), ó si se quiere, su secretario, también contempo-

ráneo de Juana del Arco, atestigua, como San Antonino, que sus hechos prodigiosos no dejaban duda de que era guiada por el Espíritu de Dios; y para que se vea que el autor estaba poco dispuesto á lisonjear á los franceses, añade que les envió Dios aquella heroína para que no se ensoberbeciesen con sus triunfos, segun tenían de costumbre. Podríamos citar como escritores del mismo tiempo á Martin Franc, secretario de Felix V, ó de Amadeo de Saboya, y á varios analistas italianos, como el Berni y Boniacaretio; y si quisiéramos mencionar los que hablaron de este suceso hasta fines del siglo XV ó á principios del XVI, como Felipe de Bérnago, Paulo Emilio, Naucleere, Meyer, Paulo Jovio, Belle-Forêt, Paquier y otros infinitos, se haría demasiado larga la lista de nuestros testigos, y por otra parte no hay necesidad de ello. Bastan los ya citados para desmentir á Rapin Toyras y á todos los críticos obstinados en no ver en las hazañas y destino de la Pucella nada extraordinario.

Pero ¿encubramos estos objetos hasta el orden sobrenatural? No nos toca á nosotros decidir tan gran cuestión. Despues de haber espuesto los hechos y los documentos justificativos, lo mas que se nos puede exigir es que pongamos al lector en estado de hacer de ellos un uso libre de preocupacion. Los que no se asustan con la sola idea de milagro, los que creen y confiesan que el brazo del Omnipotente no se encogió nunca, los que conocen y saben aplicar las reglas de la discusión propias de este género de examen, ¿podrán menos de convenir en que el suceso que hemos referido con tanta estension, al mismo tiempo que hemos presentado sus pruebas, fué, sino un prodigio de aquellos que trastornan las leyes de la naturaleza, á lo menos un rasgo visible de protección y de providencia particular para con el imperio fran-

(1) *Hist. de Carlos VII por Godaf. c. 19 y sig.*

(2) *Ib. p. 52.*

(3) *T. 22, c. 9, §. 7.*

(4) *Comment. Pii II, l. 6, p. 254.*



cés? Preséntase una doncella, que á escepcion de unos quince dias que estuvo sirviendo en una posada, no entendió nunca en otra cosa que en el cuidado de una habitacion humilde y campestre; y con un juicio recto, unas costumbres sumamente puras, una piedad sólida, sin estravíos, errores ni supersticiones, se anuncia de repente como inspirada del cielo para librar el reino; escita al principio la risa del rey y de los grandes; hace, para autorizar su misión, unas predicciones que sufren el exámen riguroso de los jueces y doctores; de acuerdo con su dictámen se arma, y cuando se halla en el campo de batalla, no es ya una virgen tímida, sino un soldado robusto, un general consumado, que nada ignora del arte de acometer y de defenderse; que ve á la primera ojeada lo que se ocultaba á los Dunois, á los La-Hires, á los Saintrailles, y reduce á todos estos héroes á ir á preguntarla á cada instante: *Juana, ¿qué hemos de hacer?* y los asombra y admira con sus hazañas no menos que con la habilidad de sus evoluciones y la profundidad de sus recursos. Digase si es este un suceso que no sale de la esfera natural, y cuya causa se halle en las facultades naturales de una aldeana abandonada á sí misma. Está ya tan despreciado el poder de los adivinos y de los magos, á que recurrieron entonces los ingleses por un efecto de venganza y desesperación, que seria una necesidad apelar á este pretesto. ¿Será mas plausible la idea de atribuir á una ilusion la causa de hazañas reales, incomparables, bien combinadas, y dirigidas con una inteligencia superior, que mudan la fortuna de las naciones, subyugan las provincias y los ánimos, ponen á los soldados y á los generales bajo las leyes de una aldeana, y despiertan la admiracion en los hombres de todas clases y entre todos los pueblos? Resta aún la suposición, todavía mas miserable,

de una intriga de política; pero sin detenernos en lo que arriesgaba Carlos VII, así en su reputacion como en sus intereses, ¿de cuándo acá han trasformado las intrigas palaciegas y diplomáticas á una doncella de diez y siete años en rayo de la guerra y en capitán esperto, trayendo y aun fijando la victoria bajo unas banderas que apenas combatian para retardar su última catástrofe? Por último, de cualquier modo que examinemos los triunfos de la Pucella, trastornarán siempre los sistemas, las suposiciones y las conjeturas imaginadas para reducir sus hechos heroicos á la clase de las cosas humanas y comunes.

Luego que hizo conferir á Carlos VII el sello sagrado del ungido del Señor, le dijo: «Al fin, augusto monarca, las órdenes del Altísimo están ya cumplidas. Orleans está libre, y vos acabais de ser consagrado en la ciudad de Reims. Aquí acaba mi misión, y solo me resta ya volver á la vida quieta y pacífica de que me sacó el cielo para estos dos únicos objetos.» El rey, que la debía tantos favores, la hizo grandes instancias para que siguiese dispensándose, y ella obedeció á su soberano; en cuya acción nada hay de reprehensible. Si los aplausos de los militares, compañeros de su fortuna, y alguna confianza en sus propias fuerzas, en su fama y en su ascendiente prodigioso sobre unos enemigos que huían al verla: si estos gérmenes casi imperceptibles de vanidad influyeron al mismo tiempo en su resolución, no tardó el Señor, que tenia con respecto á aquella alma pura unos designios muy distintos de los humanos, en hacer que expiase estas debilidades con un rigor que todavía nos asombra. Juana volvió á entrar en el orden de una providencia común, y despues que por un resto del terror que infundia su nombre puso al rey en posesion de la mayor parte de las plazas que hay desde Reims hasta Paris, vino á estrellarse

su fortuna contra esta capital. Empeñóse en tomarla por asalto, y recibió una herida tan grave que fué necesario tocar retirada á pesar de todo su ardimiento.

En el mes de mayo del año siguiente 1430 cayó, en una salida, en poder de los borgoñones que sitiaban á Compiègne, y luego fué vendida á los ingleses, quienes cantaron el *Te Deum*, como si fuese este el triunfo mas señalado que podian lograr. Pensaron al punto en los medios bárbaros de borrar el oprobio que por espacio de dos años habia causado á sus armas aquella heroína. Pedro Cauchon, nombre infamado para siempre en los fastos de la Iglesia y de la Francia, fué el principal instrumento de su odiosa venganza. Pretestó este obispo franco-ingles que habiendo sido cogida la Pucella en el territorio de su diócesis, que confina cerca de Compiègne con la de Soissons, y correspondiendo al fuero eclesiástico los delitos de que se la acusaba, á él le correspondia formar la causa. La pidió, pues, á Juan de Luxemburgo, general del duque de Borgoña, y este sórdido grande se la vendió por la cantidad de diez mil libras tornesas (unos cuarenta mil reales). Trasládronla al castillo de Rouen, donde la cargaron de cadenas acusándola de todo género de delitos, á escepcion del desarreglo de costumbres, lo que es una demostracion rigurosa de su pudor y de su pureza virginal, pues estaban todos tan poco dispuestos á perdonarla, y aun á disimular sobre este artículo, que no se dió acerca de él una declaracion terminante á favor de la acusada hasta despues de haberse asegurado, en virtud de exámenes escandalosos en que no se avergonzó de tener parte la duquesa de Belfort, de que la infeliz prisionera habia permanecido siempre virgen.

Negóse el inquisidor á mezclarse en esta trama de iniquidad, y en su consecuencia el obispo Cauchon se asoció su vicario que

era menos delicado, cuatro abades normandos, y un gran número de doctores ó licenciados. La mandó comparecer, y principiando por una pregunta insensata, «¿estais, la dijo, en gracia de Dios?» — «¡Ay de mí! señor, respondió ella, ¿quién es capaz de saberlo? Si lo estoy, Dios me conserve en ella; y si no lo estoy, dignese de ponerme en tan feliz estado.» Habiendo ido á exorcizarla un fraile muy necio, y santiguándose á cada momento: «No temais, padre mio, le dijo, que no os hechizaré.» Despues de los interrogatorios que se repitieron casi diariamente por espacio de mas de dos meses, despues de la redaccion de muchos testimonios falsos, y de las respuestas y confesiones de la presa, falsificadas tambien, como se probó mas adelante, enviaron á la universidad de Paris este proceso monstruoso. Aquel cuerpo célebre, convertido en oráculo de la faccion anglicana, se componia de personas muy despreciables, desde que la parte mas sana de él habia ido al Poitou en seguimiento del rey. Sin mas que la simple vista de los autos decidieron que Juana del Arco era rea y estaba convicta de supersticion, de adivinacion, de invocacion de los demonios, de blasfemia, de cisma, de heregía y de impiedad. Esto fué pronunciar ya en cierto modo la sentencia capital. Obligaron á Juana á comparecer en un tablado á vista de un gentío inmenso: dirigiéronla una plática segun la costumbre que se ha perpetuado al otro lado de los montes, y dijéronla que debía sujetar todas sus palabras y obras al juicio de la Iglesia. Hecho esto por ella sin ninguna dificultad, añadieron que debía sujetarse igualmente á la autoridad de los que la juzgaban, y retractarse de todos los errores y estravíos de su vida. No se mostró tan dócil á este segundo mandato, á lo menos por algun tiempo, porque si hemos de dar crédito á las piezas del proceso, falsificadas en algunos puntos y